

Los católicos y la democracia en la Argentina

EL HUMANISMO CRISTIANO DE GUSTAVO FRANCESCHI

Roberto Bosca*

Universidad Austral

Una de las figuras más interesantes y sugerentes de la historia de la Iglesia católica en la República Argentina es un sacerdote considerado argentino, pero que sin embargo, curiosamente, no nació ni murió en el país. Se trata de Gustavo Juan Franceschi¹, quien vivió en él la mayor parte de su fructuosa vida en esta tierra, a la que adoptó lealmente como su verdadera patria terrena, sin dejar de amar la cultura de su tierra natal. Franceschi, en efecto, nació en París y murió en Montevideo², pero su nombre ha quedado en la historia como una de las personalidades más vivas y emblemáticas del catolicismo argentino en la primera mitad del siglo veinte.

Franceschi se caracterizaría a lo largo de su dilatada existencia por ejercer, debido a su brillante personalidad, un liderazgo natural e informal en una sociedad entonces todavía sustancialmente inspirada en los valores cristianos. Casi un desconocido en nuestros días, el clérigo gozó en esos años de una merecida fama en el escenario local y fue considerado un líder indiscutido de su propia comunidad religiosa, llegando a gozar de un prestigio y de una autoridad intelectual y moral comparable a la de los propios obispos. Era lo que hoy se diría un referente o un líder o un formador de opinión, en tanto cualquier suceso importante de la

*Doctor en Derecho y ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires y profesor de la Universidad Austral. Miembro del Consejo Argentino para la Libertad Religiosa, el Instituto de Filosofía Política de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el Instituto Acton de Argentina y la Junta de Historia Eclesiástica Argentina

¹ El presente trabajo tiene por objeto trazar un genérico panorama del pensamiento de Gustavo Franceschi sobre la democracia y no pretende por lo tanto presentar su semblanza biográfica, sino mostrar en todo caso que el mismo representa una expresión del humanismo cristiano en el marco de la Iglesia de su tiempo, tanto en el nivel local como en el universal.

² Había sido invitado a disertar en el Primer Encuentro Interamericano del Movimiento Familiar Cristiano sobre la misión del laico en el mundo contemporáneo. Allí dijo que no iba a dictar una conferencia: “A mi edad ya no hay oratoria -había dicho-, no hay más que el viejo que da consejos a los chicos”. Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Antología*, Aica, Bs.As., 1997, 210 y ss.

Argentina y del mundo era objeto de su autorizada palabra. De este modo, él ejercería durante muchos años un visible magisterio sobre una multitud de fieles cristianos como producto de dicho liderazgo.

Esto fue así a tal punto que esa palabra franceschiana era esperada con el religioso asentimiento que sólo está reservado a una instancia magisterial por parte de los fieles, y en tal sentido puede decirse que él constituyó una suerte de síntesis del magisterio episcopal, al menos en materia de ética social. Puede afirmarse así que él conformaría no un magisterio paralelo sino todo lo contrario. Se trataba de una suerte de sociedad moral con los obispos, o dicho de otro modo, Franceschi constituiría en cierto sentido un verdadero *tándem* de naturaleza simbiótica con el episcopado, al punto de que él escribía lo que los obispos querían decir y los obispos decían lo que él pensaba³. De este modo, ha podido afirmarse que si los historiadores quieren conocer el pensamiento genuino de la jerarquía eclesiástica argentina durante buena parte del siglo pasado, deben prestar atención a la obra de Franceschi⁴.

La dirección de la revista *Criterio*, que ejerció por un prolongado período y a la que convirtió en una expresión cultural de primer orden del catolicismo argentino, lo muestra en todo su esplendor. *Criterio* fue, antes que nada en esos años, la revista de Monseñor Franceschi. Los adjetivos se acumulan en él configurando su vigorosa personalidad: brillante inteligencia, tenacidad inigualable, infatigable polemista, cultura amplia de impronta humanística, escritor claro y directo. Recorriendo los números de *Criterio* -se ha observado certeramente- resulta sorprendente constatar que no hay tema importante de su tiempo que haya quedado fuera de su alcance⁵.

En conclusión, y como un dato significativo debe advertirse que el historiador actual de mayor conocimiento de la historia de la Iglesia en la Argentina (y no sólo él, desde luego⁶) considera que Franceschi, aun sin haber sido ungido con una autoridad formal que le confiriera un rango jerárquico con su consecuente jurisdicción moral y jurídica (en el sentido de que no fue obispo), sí fue en cambio el escritor y periodista más representativo de la Iglesia (local) en el ciclo abarcativo de casi tres décadas que va

³ “Los artículos de Monseñor Franceschi tenían un poder liberador, diríamos; caían como la lluvia que aplaca la tierra y serena la atmósfera (...) Muchos de ellos podrían haber sido firmados por cualquier obispo o por todo el Episcopado, pues eran verdaderas pastorales”, diría en el primer aniversario de su muerte uno de sus numerosos admiradores, donde se muestra un efecto incluso psicológico y específicamente catártico de su pensamiento. Cfr. Hugo Ismael SEGOVIA, *Monseñor Franceschi, el hombre de la eterna juventud*, en “Criterio”, 1311, 10-VII-58.

⁴ Cfr. Federico FINCHELSTEIN, *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 2010, 240.

⁵ Cfr. José María GHIO, *La Iglesia católica en la política argentina*, Prometeo, Bs. As., 2007, 62.

⁶ *Ibidem*.

de 1930 a 1957, es decir, una parte sustancial del pasado siglo⁷. En mi opinión Franceschi es la figura más emblemática de la Iglesia católica en la última centuria en la Argentina⁸.

“No creo que haya en la historia de la Iglesia en la Argentina de los últimos sesenta años -ha significado el filósofo tomista Octavio Derisi- quien pueda parangonarse con Franceschi en la amplitud de conocimientos, en el ámbito múltiple de su actuación docente y organizadora, en la riqueza de su erudición, en la penetración de los más variados problemas, adunadas en una vigorosa síntesis de un saber realmente culto”⁹.

La Iglesia católica en la primera mitad del siglo veinte

Durante el trajinar terreno de Franceschi transcurrieron varios pontificados, especialmente el de Pío XI, aunque en esa sucesión en el gobierno de la Iglesia, sería el de Pío XII el central y el más importante, por abarcar los años de mayor despliegue de su vida social, debido a su extensión e influencia. La Iglesia católica constituía durante dicho periodo una extendida comunidad espiritual que recién entonces estaba comenzando a abandonar muy lentamente una actitud defensiva ante el asedio de la modernidad y procuraba consolidar su presencia en el concierto de las naciones tras la declaración del dogma de la infalibilidad pontificia.

El también prolongado pontificado de León XIII, el papa de la *Rerum Novarum*, así parecía indicarlo. En efecto, luego de las primeras condenaciones al liberalismo, con él se abriría un inédito panorama a los fieles cristianos y al mundo bajo la luz de una nueva doctrina moral en materia social, presentada con el fundamento de la ley natural y de la revelación que de algún modo constituía una lectura actualizada de la cultura de la modernidad, inspirada en la filosofía cristiana que emanaba de la autoridad multisecular de Tomás de Aquino. La actitud más visible de León XIII consistía en un diálogo con las realidades temporales derivadas de la revolución industrial y de un nuevo estatuto ideológico configurado por el capitalismo liberal y el emergente movimiento socialista, que en ese entonces asomaba como un nuevo mesianismo redentor de naturaleza secularista.

Le sucedería Pío X, un pontífice rico en virtudes, declarado santo, que se aplicó a modernizar diligentemente el gobierno y el derecho de la Iglesia universal mediante la reforma de

⁷ Cfr. Néstor TOMAS AUZA, *Iglesia y catolicismo: la problemática de la discriminación*, en: IGNACIO KLICH-Mario RAPOPORT (Eds), “Discriminación y racismo en América Latina”, Nuevo Hacer-Grupo Editor Latinoamericano, Bs. As., 1997, 67.

⁸ El historiador Ricardo Parera lo considera una de las figuras cristianas del siglo no ya en Argentina sino en América Latina.. Cfr. Ricardo PARERA, *Democracia Cristiana en la Argentina. Los hechos y las ideas*, Nahuel, Bs. AS., 1967, 56.

⁹ Cfr. Octavio N. DERISI, *El apostolado intelectual de Monseñor Franceschi*, en “Rumbo Social”, 23, marzo-abril, 1982, 15.

la curia romana y la preparación de un nuevo ordenamiento codificado de la dispersa normativa acuñada a través de los siglos por la tradición jurídica de la canonística medieval.

Este piadoso pastor inspirado en las más puras tradiciones cristianas sería sucedido por Benedicto XV, el papa de la primera guerra mundial, que fue su preocupación predominante en materia social, al punto de proponer bases concretas de negociación con el fin de evitar (inútilmente) el conflicto bélico. A él le tocaría promulgar el nuevo *Código de Derecho Canónico* preparado por su antecesor, que con una reforma sustancial producida en 1983 continúa aún vigente.

A su muerte es elegido papa Pío XI, quien mediante una serie de tres encíclicas específicas, *Non abbiamo bisogno* (fascismo), *Mit Brennender Sorge* (nacionalsocialismo) y *Divini Redemptoris* (comunismo) se enfrentaría a los autoritarismos y sobre todo a los totalitarismos de su tiempo, denunciando con vivos acentos su naturaleza inhumana. Aun con sus diferencias y caracteres propios, que fueron valorados en esos pronunciamientos al trasluz del mensaje cristiano, ellos cubrirían con su sombra una historia de crímenes contra la humanidad que se despliega ominosamente por diversas geografías hasta el promediar del siglo, y que significaron una grave lesión a los derechos fundamentales de la persona, entonces carentes de una teoría y una praxis adecuadas para su salvaguarda en la vida social.

Debe recordarse aquí que se debe a Pío XI el segundo de los grandes documentos de la doctrina social de la Iglesia, la encíclica *Quadragesimo Anno*, que formularía una propuesta de organización de la humana convivencia mediante la subsidiariedad del Estado y una organización profesional de la economía, así como de una visión de la sociedad fundamentada en la articulación de los grupos o cuerpos intermedios (de ahí que se la haya denominado ocasionalmente corporativismo).

No hace falta aclarar que esta iniciativa formulada en la encíclica se entiende operante en el marco de una libertad que era desconocida por los nuevos autoritarismos y que ella propone instituciones sociales ciertamente ajenas a los planteos corporativos de factura totalitaria que se desplegaron en los mismos años y que en cierto modo malograron su realización. Merece puntualizarse que esta idea o este esquema fue abandonado en el siguiente pontificado, al menos en los términos con los que estaba planteado, puesto que en su esencia, reveladora de una concepción orgánica de la sociedad, ella se mantiene plenamente vigente.

Había llegado, en expresión posterior de Pablo VI, "la hora de los laicos", que prepararía su pleno reconocimiento recién en el Concilio Vaticano II. También es Pío XI el papa de la Acción

Católica, mediante la cual organiza el apostolado de los fieles laicos con un criterio participativo, centralizado y jerárquico¹⁰.

Con un sentido ciertamente diverso, surge en la convulsionada España republicana de los años previos a la sangrienta guerra civil, pero con una vocación universal y un despliegue de ámbito internacional, la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, cuyo carisma refiere a la búsqueda de la perfección cristiana en medio de las realidades temporales (es decir, no en el retiro propio del estado religioso sino *in huius saeculi*, en medio del mundo), con un espíritu también plenamente secular y como tal adecuado a las exigencias propias de la autonomía de lo temporal y de la dinámica propia de la vida social.

Finalmente, es a este benemérito pontificado que se debe la solución de la llamada “Cuestión Romana”, consistente en el estatuto político de la Santa Sede al que se arriba mediante un acuerdo con Benito Mussolini, conocido como los acuerdos de Letrán o pactos lateranenses. Por este acuerdo se otorgaba el reconocimiento de la Santa Sede como titular de un Estado al que le era reconocido incluso un territorio simbólico como garantía de su autonomía respecto de los poderes temporales.

Con el comienzo de la segunda gran guerra se inicia el gobierno pastoral también extenso de Pío XII, quien puede decirse que básicamente fue el papa bajo cuyo pontificado transcurriría la porción sustancial de la vida pública de Mons. Franceschi¹¹. Fue el pontificado de la guerra fría, asentada sobre un equilibrio del terror y quien tuvo que enfrentar la peor persecución en la historia de la Iglesia católica, la del imperio soviético, oficialmente ateo y materialista. A él se sumaría el intento de una iglesia patriótica china, aun subsistente en nuestros días. Es la “Iglesia del silencio” cuyas joyas martiriales refulgen en los nombres de sus santos pastores Beran, Mindszenty y Stepinac.

Fueron esforzados aunque desoídos, como lo había sido Benedicto XV, los intentos del pontífice por abrir el camino de la paz frente a la guerra civil europea, en la cual fueron masacrados seis millones de judíos. La actitud del Papa Pacelli -propia de un estilo pastoral de la Santa Sede también ejercido por Benedicto XV-, fue mantener la neutralidad estricta para condenar sólo los casos flagrantes de agresión, con el noble fin, entre otros, de dejar en libertad al pontificado para ejercer una eventual función mediadora que de otro modo hubiera sido imposible desde su origen.

Al mismo tiempo, el papa practicaba una prudente reserva que le garantizaba una eficaz actuación en casos concretos, como fue también la sensibilidad del episcopado argentino durante la

¹⁰ Cfr. Klaus SCHATZ, *Historia de la Iglesia contemporánea*, Planeta DeAgostini, Madrid, 1996, 197 y ss.

¹¹ Un signo de la fidelidad de Franceschi al pontificado de Pío XII es la constante referencia en sus escritos al papa y a su magisterio.

guerra sucia de los años setenta. El costo de este enfoque pastoral, una materia ciertamente opinable, se puede ver en el cuestionamiento que tanto el episcopado como Pío XII han sufrido por el que le reprochan una actitud pusilánime ante el nazismo, cuando no cierta sospecha de secreta complicidad. Esta acusación denuncia una cierta incompreensión de la naturaleza de la praxis internacional de la Santa Sede y un desconocimiento del mismo talante pastoral del papa Pacelli, que no respondía solamente a su personal modo de ser.

El mismo Benedicto XV había adoptado similar actitud con respecto al genocidio armenio, e incluso puede interpretarse que la política de Pío XII, poseedor además de un estilo suave y medurado muy propio de su personalidad, parece haber estado inspirada en la sensibilidad neutralista de su antecesor¹².

Más allá de estas contingencias de naturaleza temporal y prudencial, el papa Pacelli brindó una nueva visión eclesiológica en *Mystici Corporis*, una encíclica del año 1943 que abriría un nuevo camino hacia el futuro, y que alcanzaría su culminación en el Concilio Vaticano II. Si bien Pío XII es presentado en ocasiones como el representante de una iglesia inspirada en unos criterios opuestos a los nuevos planteamientos pastorales de aire renovador de esa asamblea episcopal, los datos históricos no dejan de mostrar lo contrario.

Resulta así significativa la cantidad de citas que los mismos textos conciliares registran de su patrimonio doctrinal, abarcativo de las realidades más diversas a las que el procuraba leer en ejercicio de su alta función pastoral con el sentido de la fe y la moral cristianas. Con la figura del papa Pío XII el pontificado romano alcanzó uno de los niveles más altos de prestigio universal en la modernidad¹³, sólo superado por las grandes personalidades de Juan XXIII y posteriormente de Juan Pablo II. Gustavo Franceschi representaría una suerte de nunciatura intelectual de ese pontificado en la Argentina.

La Iglesia en la Argentina

Pero, ¿cómo era la Iglesia católica, ya no la Iglesia universal sino la Iglesia en la Argentina, la concreta iglesia local, esto es, la comunidad de los fieles cristianos que vivían en el territorio nacional en esos años de la primera mitad del siglo pasado? Sin duda era muy distinta a como es hoy.

Se ha caracterizado a las primeras décadas de ese siglo como un periodo en el que se habría ido conformando el llamado “mito de la nación católica”, una conceptualización de la realidad

¹² Cfr. Klaus SCHATZ, op. cit., p. 158.

¹³ Cfr. la tradicional obra colectiva de B.LLORCA-R. GARCIA VILLOSLADA-P. DE LETURIA-F.J. MONTALBAN, *Historia de la Iglesia Católica*, Tomo IV, Edad Moderna (1648-1951), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1941, 831.

social-religiosa que Loris Zanatta interpreta como un proyecto político-cultural de los católicos argentinos que él ha sabido describir con caracteres muy precisos y que puede resumirse en la idea madre de que la religión católica representaba el núcleo de la nacionalidad argentina¹⁴.

No puede negarse y resulta indudable el notorio influjo que el ideario integrista nacionalista-católico ejerció en la época en el escenario local, no solamente en el más general de la sociedad civil sino específicamente en el más particular de la propia comunidad eclesial, incluyendo en primer lugar a la jerarquía eclesiástica. Sin embargo, resulta igualmente innegable que, aun siendo hegemónico, ese influjo no agotaría la totalidad de la Iglesia católica, y que muchos de sus fieles estaban lejos de compartir esa enfermedad infantil del clericalismo que ha aquejado la vida del pueblo cristiano durante larguísimos periodos de su historia terrena.

La identificación entre catolicismo y nacionalidad, en efecto, aunque encontraría un amplio, profundo y dilatado eco en el discurso religioso de esos años, no agotaría la rica y varia realidad de la eclesialidad católica tal como se la viviera en estas tierras. Sin embargo, tampoco debe desconocerse que en un cierto momento histórico esa mentalidad, que junto a enormes bienes produciría también enormes males, constituyó un espíritu dominante dentro del catolicismo argentino.

Prueba de que ello no fue un absoluto es que la máxima autoridad de la Iglesia católica en el país durante el periodo, Santiago Luis Copello, creado el primer cardenal argentino e incluso hispanoamericano¹⁵, no suscribió el típico ideario nacionalista católico al modo como -sin constituir mayoría- lo hicieran otros clérigos. Mas aún, puede decirse que la jerarquía eclesiástica tuvo que soportar a pensadores nacionalistas de acento díscolo del estilo y talante de Julio Meinvielle y Leonardo Castellani como las ovejas negras que siempre existen en las mejores familias. Ellos y otros como Hernán Benítez -que sufrió un subido proceso de politización y se convirtió en un ideólogo del peronismo-, vivieron en cierto modo en una suerte de ostracismo interior, y en ocasiones hasta padecieron cierta persecución por parte de sus propios superiores. Castellani no sólo fue expulsado de la Compañía de Jesús sino que el propio Copello le prohibió enseñar en el seminario. Estos datos muestran elocuentemente que el nacionalismo católico en modo alguno era

¹⁴ Cfr. entre otros muchos trabajos, los del mismo Loris ZANATTA, especialmente el ya clásico *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1996 y el de Fortunato MALLIMACI, *El catolicismo integral en la Argentina*, Fundación Simón Rodríguez, 1998, así como también el importante ensayo historiográfico de Roberto DI STEFANO-Loris ZANATTA, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo-Mondadori, Bs.As., 2009, 404 y ss.

¹⁵ Cfr. Roberto DI STAFANO-Loris ZANATTA, op. cit., 416.

algo oficial ni representaba una suerte de regla *politically correct* en la Iglesia católica en la Argentina.

Luego de superado un largo periodo de una cierta inmovilidad, empieza a producirse en los primeros años del siglo pasado un sostenido crecimiento de la presencia social e institucional del catolicismo en el país, que se continúa hasta comienzos de los años sesenta. La Acción Católica, fundada treinta años antes, declinaría notoriamente a partir de esa década, pero llegó a tener a setenta mil miembros en sus cuadros comprometidos con una “colaboración de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia”, según su propia autodefinición.

Los Círculos Católicos de Obreros representaron una promesa que sin embargo no consiguió concretarse ante el influjo del socialismo anarquista y comunista, entonces llamado maximalismo. Sería Juan Domingo Perón quien realizaría una exitosa labor de verdadera y profunda conversión ideológica del sindicalismo.

El Congreso Eucarístico Internacional de 1934 fue todo un acontecimiento que señalaría un punto cenital en la influencia social de la catolicidad, bendecido por la visita del legado papal Eugenio Pacelli, quien un lustro más tarde asumiría el pontificado como Pío XII. Era la segunda vez que un futuro papa y futuro beato visitaba nuestro país.

El congreso, con la grandiosidad propia de las masivas expresiones de la fe, que por primera vez tenían lugar en el escenario local, conmovió las fibras de los argentinos. En un país donde sólo las mujeres iban a misa, nunca se había visto a tantos hombres, contados por miles, comulgando en la vía pública, y el impacto pareció anunciar la realización en el suelo patrio del ambicioso lema pontifical del santo papa Pío X: *Instaurare omnia in Christo*.

Los obispos por su parte creían poco menos que estar tocando (y nunca mejor empleada la expresión) el cielo con las manos. A san Luis Orione, de visita en ese momento en el país, le pareció haber entrevistado el paraíso. “Como Legado de nuestro inmortal predecesor, sentimos latir junto a Nuestro corazón el corazón de la Argentina”, llegó a decir Pío XII varios años después recordando su histórica estancia en nuestro país¹⁶.

Era fama que durante muchos años, cuando Pío XII recibía visitantes argentinos, no dejaba de rememorar el famoso congreso eucarístico del 34. El mismo Franceschi recordaría también muchas veces esa histórica visita: “Para nosotros los argentinos Pío XII será siempre la figura que contemplamos en aquella tarde primaveral del Congreso Eucarístico. Por encima del estadista y del sabio, del consejero y del maestro, nos dio entonces la impresión de lo que era en realidad: el orante¹⁷.”

¹⁶ Cfr. Pío XII, *Discurso al Congreso Eucarístico Nacional*, AAS 32 (1949), 418-442.

¹⁷ Cfr. *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina*, 241, mayo de 1942, 295-296.

Debe registrarse necesariamente, también como un indicio de un renacimiento intelectual de la sensibilidad católica en la cultura argentina, la creación de los *Cursos de Cultura Católica*, un verdadero *think tank* sólidamente fundado en una matriz filosófica tomista, que salió a la arena para conquistar con una mentalidad de cruzada las letras y las artes. Este terreno era un coto de caza del positivismo y por lo tanto un circuito social completamente ajeno a los católicos, al haber sido despojado del antiguo acendrado tono religioso que había caracterizado a los siglos dorados de la cristiandad medieval¹⁸.

Esta iniciativa ganaría un cierto prestigio como ámbito de categoría intelectual y preparó el terreno para la futura universidad católica, creada en el momento de la desaparición de Mons. Franceschi, pero su despliegue se vio socialmente cuestionado por la influencia que en ellos ejercieron las ideas del autoritarismo entonces en sus años de mayor esplendor, enfrentadas al espíritu liberal de la cultura de la modernidad.

Los Cursos, en efecto, fueron conformados por jóvenes intelectuales, incluyendo a algunos de alto vuelo, que profesaban las reconocibles categorías del nacionalismo católico, como una simpatía inocultable por los autoritarismos emergentes a la derecha del arco europeo, un anticomunismo tan visceral como su antiliberalismo, y un monismo político religioso donde se desdibujaba notoriamente el evangélico criterio de separación entre Dios y el César.

No obstante, y pese a su clima de tono tradicionalista, los Cursos también evidenciaron un cierto aire de modernidad y apertura¹⁹, y por ellos desfilaron no ya personajes del ambiente propiamente católico como Leonardo Castellani, en la plenitud de su desconcertante creatividad, sino verdaderas personalidades de la vida cultural argentina como Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal²⁰ e incluso Jorge Luis Borges²¹, entre otros.

¹⁸ En los Cursos solamente participaban hombres, según el estilo apostólico de la época pero tradicional en la Iglesia católica que diferenciaba sexualmente la formación religiosa, unido al hecho de que la presencia femenina en la vida pública, si bien ya importante en el periodo, todavía no había madurado en la conciencia católica como para admitir a la mujer fuera de su hogar. Algunos personajes eclesiásticos de mirada clarividente como Leonardo Castellani, denunciaron, criticaron e incluso satirizaron con ingenioso gracejo a menudo hiriente y carente de una verdadera caridad, al un tanto femenino, aguado y rutinizado catolicismo argentino de su época. Cfr. Lila CAIMARI, *Sobre el criollismo católico. Notas para leer a Leonardo Castellani*, en "Prismas", Revista de historia intelectual, 9, 2005, 165-185.

¹⁹ Debido a este rasgo modernizante los Cursos sufrieron posteriormente el anatema de las mentalidades más integristas como sería el caso de la ultraconservadora *Tradición, Familia y Propiedad*.

²⁰ Sobre Marechal y Bernárdez en los Cursos, cfr. Marcelo SANCHEZ SORONDO, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Sudamericana, Bs.As., 2001, 59-62.

²¹ Cfr. Raúl RIVERO DE OLAZABAL, *Por una cultura católica. El compromiso de una generación argentina*, Claretiana, Bs.As., 1986.

El diario *El Pueblo* a nivel popular y la revista *Criterio* en el mundo de la cultura se presentan como los principales órganos de difusión de los criterios cristianos en la vida social durante el periodo. También alcanzan una llamativa popularidad los primeros programas de radio y las conferencias populares como instrumentos de catequesis y formación de las conciencias, un rubro en el que sobresalió particularmente, junto a Virgilio Filippo y Dionisio Napal, también Monseñor Franceschi. No solamente clérigos actuaron en esa labor, sino también oradores laicos como Aurelio García Elorrio, aunque no alcanzan la brillantez de los otros.

La enseñanza religiosa en las escuelas estatales, una ambición largamente acariciada por el episcopado, tuvo concreción primero mediante un decreto del gobierno revolucionario encabezado por el general Pedro Pablo Ramírez, siendo ministro educación entre octubre de 1943 y febrero de 1944 el escritor católico Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), entonces en la cumbre de su bien ganada fama como prolífico novelista y constituido en artífice de verdaderos *best-sellers* de su época. El posterior primer gobierno de Juan Domingo Perón consolidó la iniciativa mediante una ley formal del congreso, y la enseñanza religiosa tuvo así vigencia durante más de una década hasta casi el final de su mandato.

El episcopado mantuvo desiguales relaciones con el régimen peronista, que se presentaba ante quien quisiera escucharlo como inspirado en la doctrina social de la Iglesia. Esto constituye una verdadera novedad en el panorama político argentino, tradicionalmente transido por un gélido laicismo.

Sin embargo, después de un periodo no exento de tensiones, un conflicto de graves dimensiones provocó un estado insurreccional que tuvo en esas tensiones y en su deriva violenta su propio martillo detonante. El origen y la naturaleza de ese contencioso político-religioso que finalizó con la llamada Revolución Libertadora ha sido controversial y los autores no se han puesto completamente de acuerdo sobre el punto, aunque existe cierto consenso en atribuirlo a algunos factores que confluyen y entre los que sobresale la pretensión del régimen de naturaleza ciertamente autoritaria e incluso totalitaria de sustituir a la propia Iglesia como una última instancia de decisión moral mediante una reinterpretación justicialista del cristianismo²².

²² Existe al respecto una numerosa bibliografía, entre la que sobresale la obra de Lila CAIMARI, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Bs. As., 1995, con un apéndice de Mons. Franceschi en relación al conflicto. Loris ZANATTA ha escrito, desde su perspectiva, *Perón y el mito de la nación católica*, Sudamericana, Bs. As., 1999. En mi opinión, esa pretensión sustitutiva en materia religiosa llevaría a prefigurar incluso el fallido intento de una iglesia nacional en el sentido de una subordinación de la estructura eclesial al poder político a la manera de las antiguas pretensiones regalistas aunque con una fuerza superior debido al carácter de “religión política” atribuible a las ideologías

Una personalidad deslumbrante

Gustavo Juan Franceschi nació en París (Francia) el 28 de julio de 1881 y murió en Montevideo (Uruguay) el 11 de julio de 1957. Su ascendencia por parte de padre era corsa y por parte de madre holandesa²³. Pertenece a la saga de sacerdotes argentinos que conformaron el clero mayoritario durante el pasado siglo como hijos de la inmigración. El lema sacerdotal celebratorio de su primera misa fue: *Evangelizare pauperibus misit me* (me envió a predicar el Evangelio a los pobres). Su entera vida honraría esa consigna de la fe.

La importancia de Franceschi reside en su vigorosa personalidad humana y cómo ella fue el fundamento de un inigualable celo apostólico que se expresaría primero en una dilatada carrera eclesiástica, pero sobre todo en el influjo que su espíritu cultivado produjo en la sociedad de su tiempo, constituyéndolo en un factor clave de lo que años más tarde la teología pastoral significara con el sintagma “inculturación de la fe”. Fue nombrado prelado doméstico de Su Santidad en reconocimiento de sus méritos, motivo al cual se debe el uso del título de “monseñor”²⁴.

En su formación intelectual y cultural fue un autodidacta y no obtuvo un doctorado en una universidad romana como un paso hacia cargos de la carrera eclesiástica o académica, aunque fue miembro fundador junto a personalidades como Enrique Banchs y Manuel Gálvez²⁵ de la Academia Argentina de Letras²⁶.

Sus tres primeros maestros fueron dos clérigos y un laico: Andrés Pont Llodrá, Federico Grote y Emilio Lamarca. Grote fue una personalidad egregia en la pastoral social católica y Lamarca le transmitió además el gusto por el mundo literario. Todos ellos contribuyeron a la formación de la conciencia del joven Franceschi en lo que entonces se llamaba “la cuestión obrera”²⁷.

Franceschi se formó como cristiano en un momento de expansión de la fe católica en los ambientes intelectuales y en esos años encuentra su encaje un movimiento de acercamiento a la trascendencia y a lo religioso, que incluye la conversión al mundo

en tanto concepciones globales de la realidad. Cfr. Roberto BOSCA, *La Iglesia Nacional Peronista. Factor religioso y poder político*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

²³ Su madre era protestante, pero se convirtió al catolicismo.

²⁴ Los prelados de honor (antes llamados domésticos) pasan a formar parte de la familia pontificia y como tales tienen un lugar reservado en las celebraciones romanas y aparecen en el Anuario Pontificio. En las celebraciones litúrgicas pueden usar una sotana especial y fajín morado, así como birrete de obispo.

²⁵ Pueden leerse referencias de Gálvez sobre Mons. Franceschi en sus *Recuerdos de la vida literaria* (II), Taurus, Bs. As., 2003, 773.

²⁶ Cfr. http://www.letras.edu.ar/institucional_decreto.html (Consultado el 20-IX-1). José León Pagano disertó sobre Franceschi como hombre de letras en un acto de homenaje en la Academia al cumplirse un año de su fallecimiento.

²⁷ Cfr. Néstor Tomás AUZA, *Monseñor Franceschi, ese olvidado*, en “Esquiú”, 28-VII-91, 39-41

cristiano de figuras importantes de la cultura de su tiempo, como Gilbert K. Chesterton, T.S. Eliott, Nicolás Berdiaeff, y Evelyn Waugh, entre ellos algunos franceses de alto rango como Gabriel Marcel y el mismo Jacques Maritain. Algunas corrientes filosóficas como el espiritualismo, el neotomismo y el personalismo oxigenaron la atmósfera hasta entonces herméticamente cerrada del positivismo y el materialismo²⁸.

Sin perjuicio de su aprecio por la cultura francesa, en su juventud Franceschi había tomado como modelo para su misión en la vida al polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, entonces considerado una celebridad en el panteón católico de principios de siglo, debido singularmente a su monumental “Historia de los Heterodoxos Españoles”, donde en un despliegue de rara erudición arremete contra las herejías que habían tratado de enturbiar la pureza de la fe católica a lo largo de los siglos²⁹.

Dicha influencia se advierte en el estilo apologético que caracteriza su producción intelectual, que aunque hoy aparezca acaso algo inevitablemente teñido de un cierto tono arcaico, que hasta en ocasiones puede parecer excesivamente triunfalista, sin embargo constituyó en su momento un valor apreciado en la predicación apostólica como una meritoria defensa de la fe y la moral católicas³⁰. Este estilo respondía a una elección personal que privilegiaba en sus actuaciones la *pars construens*, superando cualquier gusto por una polémica limitada a una mera refutación del cuerpo argumentativo rival. El motivo es evidente y se encuentra en su talante pastoral, que tenía en cuenta ante todo el bien de las almas y su derecho a la verdad.

Esa decisión se complementa en Franceschi con la elección del francés Louis Veillot³¹ de quien el clérigo admiraría su talento para poder hacer llegar a un público muy amplio una lectura con ojos cristianos de la entera existencia humana individual y social.

Al trasluz de este doble liderazgo puede sintetizarse el sentido de su vida diciendo que fue esencialmente un hombre de la

²⁸ Cfr. Mariano FAZIO, *Historia de las ideas contemporáneas. Una lectura del proceso de secularización*, Rialp, Madrid, 2006, 272 y ss.

²⁹ En esta obra la defensa de la tradición católica en el escenario español muestra también una identidad entre religión y nación, que serviría de fundamento al ideario nacionalista y desde luego hispanizante de los jóvenes argentinos que soñaban con una restauración católica de su patria, según los antiguos ideales de la cristiandad medieval.

³⁰ Los servicios oratorios de Franceschi eran siempre requeridos para los actos importantes de naturaleza institucional, por ejemplo, en el Congreso Eucarístico Internacional, y cuando Copello bendijo la piedra fundamental del Instituto de Cultura Religiosa Superior, Franceschi pronunció el discurso oficial ante el mismo Presidente Castillo. Cfr. *Conferencia de Franceschi en el Instituto de Cultura Religiosa Superior*, en “Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires”, 1943, 475-477.

³¹ Escritor y político francés del siglo XIX representante del ultramontanismo que se constituyó en un verdadero ícono del catolicismo contemporáneo debido al ardor de su defensa del ideario católico especialmente en la opinión pública

Iglesia, comprometido con los problemas de su tiempo a los que se propuso dar una solución desde la fe y la moral cristianas³². El podría haber inscripto sobre su tumba la tradicional sentencia del cristiano en su tránsito ultraterreno: *Dilexit Ecclesiam*. El valor supremo fue para él la Iglesia³³.

Sus obras apostólicas fueron múltiples y sus intereses muy variados, desde un problema concreto de la cuestión social que reclamaba el concurso de una conciencia cristiana³⁴ hasta las materias más abstractas y elevadas del espíritu de naturaleza filosófica y teológica, entre las que también cabe incluir un profundo amor por la cultura, en especial la francesa. Una de sus primeras obras, por ejemplo es *El espiritualismo en la literatura francesa contemporánea*, donde el clérigo se revela como un profundo conocedor de la producción literaria de esa nación, de la que se sintió próximo y a la que amaba de modo particular, seguramente debido a su ascendencia de sangre³⁵.

Su versatilidad fue proverbial³⁶. No había tema relevante para la religión y la moral cristiana que le pasara desapercibido. En uno de sus merecidamente célebres editoriales de *Criterio* podía glosar e incluso refutar un concepto vertido por un diputado o alguna otra personalidad pública³⁷, del mismo modo y con la misma soltura con que podía trazar una visión panorámica y precisa de la actualidad china, incluyendo referencias a las familias dinásticas del Mikado³⁸ o

³² Cfr. Francisco AVELLA CHAFER, *Diccionario biográfico del clero secular de Buenos Aires*, T. II, 1901-1950, Bs.As., 1985, 92.

³³ Cfr. Jorge MEJIA, *Monseñor Franceschi, supervivencia*, en “Criterio”, 1288, 25-VII-57, 495. Franceschi fue profesor de Mejía (hoy cardenal) en el seminario y he aquí su recuerdo tal como la consigna en sus memorias: “Pienso que más que lo que enseñaba, era su personalidad y el prestigio que la rodeaba (lo) que nos enriquecía más”. Las circunstancias determinaron que Mejía atendiera espiritualmente a su antiguo maestro en su lecho de muerte. Cfr. Jorge MEJIA, *Historia de una identidad*, Letemendia, Bs.As., 2005, 13 y 47.

³⁴ Franceschi pensaba que la vida cristiana no podía dividirse, según el sentir laicista, entre una vida privada de fe y de piedad y una vida social secularista, donde esa fe era puesta entre paréntesis como si no existiera. Es una suerte de esquizofrenia, de la que estaba afectada gran parte de la cristiandad de su tiempo. El estadio posterior consistiría en el directo abandono de la práctica religiosa por parte de una entera generación.

³⁵ Cfr. *El espiritualismo en la literatura francesa contemporánea*, Difusión, Bs.As., 1945, que constituye el segundo tomo de sus obras completas. Un breve juicio sobre esta obra de juventud puede verse en Francisco LEOCATA, *Las ideas filosóficas en Argentina, Etapas Históricas II, Estudio Proyecto 12*. Suplemento de la revista Proyecto, Bs.As., 1993, 316 y ss. Aunque elogiada, y sin perjuicio de ponderar las acendradas virtudes del autor, Guillermo Furlong considera que este trabajo de Franceschi resulta deslucido o incoloro. Cfr. Guillermo FURLONG, *Monseñor Franceschi, maestro*, en “Criterio”, 1288, 25-VII-57, 497.

³⁶ El caso resulta paralelo al de Pío XII, de quien también se señalaba su proverbial espíritu abierto a todas las realidades humanas. El mismo Franceschi se hace eco de este rasgo del papa Pacelli en su última alocución en tierras uruguayas.

³⁷ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Al César lo que es del César*, en “Criterio”, 333, 19-VII-34.

³⁸ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *China*, en “Criterio”, 902, 28-VI-45, 569 y ss.

desarrollar un fundado comentario crítico al pensamiento de Krishnamurti³⁹.

Este último ejemplo citado merece un párrafo. No se trataba de un alarde de erudición, puesto que si se examina el texto en un sentido más genérico, puede advertirse que él constituye un verdadero miniensayo sobre el teosofismo. ¿Por qué se ocuparía Franceschi del ocultismo, reservado entonces a reducidas minorías intelectuales un tanto sofisticadas o a ambientes más bien marginales de la sociedad? El motivo no podía no ser sino pastoral.

Con una apabullante información y un fluido estilo no exento de una pizca de mordacidad, el artículo expone un criterio claro, desde una perspectiva cristiana, sobre una corriente espiritualista que entonces, al promediar la década del treinta, despertaría su atención y no sería indiferente al avisado ojo del celoso pastor, en tanto constituía en realidad una avanzada del giro orientalista que recién muchos años más tarde protagonizaría una ruidosa irrupción en la cultura occidental.

Si bien estuvo vinculado a los Cursos, donde dictó clases de Historia de la Iglesia⁴⁰, no puede considerarse a Franceschi en esa escuela. Si Franceschi atrae la atención no es solamente por la fuerza de su nutrido vigor apostólico desplegado a diestra y a siniestra⁴¹ en los más variados ambientes, incluso con un tono polémico⁴², sino por constituir una suerte -como se dijera- de voz calificada y expresiva, en primer lugar del clero y de los propios obispos, pero también y por extensión, de los laicos y por consiguiente del conjunto de la Iglesia católica en la Argentina durante la porción mayoritaria del siglo veinte.

³⁹ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *El nuevo Evangelio*, en "Criterio", 383, 4-VII-35, 229 y ss.

⁴⁰ Por ejemplo, Franceschi leyó una conferencia durante la sesión de clausura de los Cursos correspondiente al año 1939, explicando la encíclica *Summi Pontificatus*, en el comienzo del pontificado de Pío XII. Este tipo de actuaciones por parte de un clérigo distinguido como Franceschi no indica tampoco ninguna adhesión particular a la ideología predominante en el grupo, puesto que se trataba de una praxis habitual en las costumbres católicas de la época. Resulta significativo que en esta exposición el orador, siguiendo la línea pontificia, categoriza críticamente como paganos a los regímenes totalitarios entonces en pleno desarrollo político.

Como una muestra de su espíritu abierto debe consignarse que Franceschi cultivaba relaciones en campos ajenos al ambiente católico, por ejemplo con José Ingenieros y que sus escritos fueron recogidos en publicaciones judías.

⁴² Como vibrante polemista, Franceschi participó en múltiples contiendas, de las cuales la más conocida es la mantenida con el político demócrata progresista Lisandro de la Torre, célebre en la vida política de su tiempo por sus denuncias contra las maniobras monopólicas de los frigoríficos ingleses sobre la economía argentina. Cfr. Eduardo RINESI (ed), *Polémica. Lisandro de la Torre-Gustavo Franceschi*, Losada, Bs.As., 2007. Sin embargo su talante era humilde y compenedor. En un autodescripción del sí mismo, Franceschi dice: "Gracias a Dios carezco de odios y mi tendencia es más a la benignidad que a la dureza; cuando puedo interpretar un gesto en buen sentido no lo hago en malo". Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *La obra constructiva de Benito Mussolini*, en "Criterio", 897, 24-V-45, 449.

La impronta de la democracia

Pero también y sobre todo es clave la personalidad humana y cristiana de Franceschi porque al trasluz de su figura, de su pensamiento y de su obra, es posible desentrañar la realidad social (incluyendo en ella la política) y religiosa de su época tal y como era leída por la Iglesia católica⁴³. En este punto me detendré de modo particular en el concepto de democracia en contraposición o en contrapunto al de autoritarismo y al más complejo de totalitarismo.

De esta suerte, Franceschi aparece, contrariamente a como se lo ha ocasionalmente presentado, sosteniendo un humanismo cristiano siempre ajeno a las vertientes autoritarias y totalitarias, que incluso en ambientes católicos y protestantes fueron frecuentes en su época. El comprendía muy bien, en la amplitud de su espíritu, que el nacionalismo es una sobreactuación de la identidad nacional y el integrismo es una sobreactuación de la identidad religiosa.

Como se recordará, en algunos estamentos que incluso llegaron a ser mayoritarios en el nacionalismo argentino, y que hacían gala de una fe católica entendida en un sentido más bien político, se profesaba entonces una oculta y a veces desembozada simpatía por el fascismo y en algunos casos aun por el nazismo, así como por sus jefes máximos Benito Mussolini y Adolf Hitler⁴⁴.

Lejano su espíritu a las posturas y actitudes extremosas, él se pronunció sobre materias controversiales en el escenario público con un talante moderado y más prudente que el de otros clérigos de notoria actuación pública en el periodo, como Virgilio Filippo o Hernán Benítez⁴⁵, quienes en ambos casos y cada uno con su estilo propio asumieron un firme compromiso con el régimen peronista.

Por el contrario, Franceschi sería encarcelado por el régimen durante la persecución religiosa junto a otra notoria personalidad eclesial de su tiempo, Mons. Miguel de Andrea,

⁴³ En este sentido puede decirse que Franceschi era comparable a otras figuras contemporáneas de la Iglesia católica como el obispo norteamericano Fulton Sheen, un verdadero adelantado de los actuales predicadores electrónicos. Cfr. Tomas Brena, *El Misionero de la Verdad*, en "Criterio", 1288, 25-VII-57, 496.

⁴⁴ En la Argentina llegó a conformarse un partido fascista y hasta un partido nazi donde presumiblemente militaron fieles cristianos. Maritain mantuvo una controversia con César Pico, uno de los miembros conspicuos de los Cursos que lo habían invitado a visitar la Argentina, sobre la legitimidad de los católicos con los movimientos fascistas. Cfr. Rafael PIVIDAL, *Católicos fascistas y católicos personalistas*, en "Sur", agosto 1937, 88-97. Un estudio del pensamiento de Pividal puede verse en Alvaro PERPERE VIÑUALES, *Rafael Pividal y Alberto Duhan: aportes y debates en torno a la idea de democracia en el pensamiento político de intelectuales católicos*, en "Colección", 21, 65-92.

⁴⁵ La nota de presentación de Benítez fue reproducida en la antología editada por la Agencia Informativa Católica Argentina. Cfr. Monseñor Gustavo FRANCESCHI, *Antología*, citada, 9-55.

curiosamente otrora su rival, de una sensibilidad más próxima a la corriente teológico-política entonces denominado catolicismo liberal⁴⁶, pero con quien el clérigo francoargentino en cambio no llegó a identificarse.

Precisamente en este punto reside el valor de su protagonismo testimonial en la materia, primero mediante un alineamiento con el institucionalismo católico que desconfiaba de las democracias liberales y exhibía una cierta preferencia por autoritarismos que profesaran una confesionalidad oficial, sobre todo cuando como en casos como el español, se pronunciaban por un régimen de cristiandad. Sin embargo, esa sensibilidad fue progresivamente cambiando hacia una postura crítica que se profundizó con el tiempo de ese clericalismo nacionalista, antiliberal y antidemocrático que conoció una intensa fuerza expansiva durante esos años, para declinar con la irrupción del espíritu sesentista.

La concepción de Franceschi en materia política fue completamente opuesta a las ideologías nacionalistas y autoritarias entonces en plano ascendente, tanto como del liberalismo y del marxismo. Sin embargo, en los años veinte y treinta, y en una evidente muestra del vicio perenne del clericalismo, el autoritarismo era mirado con simpatía aún en los medios cristianos si la espada se ponía al servicio de la fe, y él no podía ser completamente ajeno a esa misma sensibilidad.

Franceschi se alinea así en un principio en consonancia y fidelidad absoluta con el magisterio de la Iglesia en materia social, entonces expresado singularmente por Pío XI⁴⁷ en *Quadragesimo Anno* y con él por los tratadistas de la doctrina social de la Iglesia que exponían la disciplina en manuales formativos, como el dominico Georges Rutten y el jesuita Martín Brugarola. En sus años mozos, él participaría, en efecto y como no podía ser de otra manera, según el espíritu de la época, de la propuesta corporativista que en ese entonces era común a los llamados católicos sociales, aunque mirada hoy con ojos actuales aparece un tanto paternalista⁴⁸.

⁴⁶ “Tuve el privilegio de ser encarcelado”, escribiría Franceschi un tiempo después, recordando esos momentos de persecución, para concluir con espíritu sobrenatural: “esto fue una gracia y un don grande de Dios”. Una pieza antológica de su oceánica producción describe con vivos trazos ese momento dramático de la historia argentina y en particular de los católicos argentinos. Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *A la luz de los incendios*, en “Antología” cit., 191. Un breve paralelo entre Franceschi y De Andrea, puede verse en: Sandra Mc GEE DEUTSCH, *Contrarrevolución en Argentina 1900-1932, La Liga Patriótica Argentina*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2003, 62 y ss.

⁴⁷ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Pío XI*, publicado en “Criterio”, 23-II-39 y republicado en “El pontificado Romano”, en “Obras completas de Monseñor Gustavo J. Franceschi”, I, Difusión, Bs.As., 1944, 121.

⁴⁸ Un ejemplo de las presentaciones de época sobre las excelencias del corporativismo como una “doctrina social católica”, lo constituye el de J. D. Gutiérrez O’Neill en *Estudios*, 332, 105-126 y 301-340.

Tampoco él sería en modo alguno ajeno al clima de simpatía que en los mismos ambientes católicos suscitaban los confesionalismos autoritarios al estilo de Dolfuss y Oliveira Salazar, e incluso y sobre todo con el franquismo español, al que una opinión común atribuía haber evitado que la (entonces) católica España hubiera caído bajo las garras de uno de los monstruos más temidos por el mundo cristiano durante el siglo pasado: el comunismo.

No debe olvidarse que los obispos españoles habían calificado a la resistencia franquista de “Cruzada” y que hasta su caída, el comunismo se presentaba como un destino temible para la humanidad a los ojos del imaginario católico, y en general del entonces llamado “mundo libre”⁴⁹.

De todos modos, sería inexacto e injusto presentar a Franceschi como un partidario irrestricto de los regímenes autoritarios en forma genérica y menos un oculto simpatizante del fascismo o del nazismo, a quien habría adjudicado la misión de constituir una barrera que frenara al comunismo. Esa era una creencia en algunos grupos nacionalistas de la época pero no era el pensamiento de Monseñor Franceschi⁵⁰, quien de acuerdo a la doctrina expresada en el propio magisterio piano, consideraba al liberalismo y al totalitarismo como los frutos de un paganismo corrompido y corruptor⁵¹.

Definitivamente resulta muy discutible encasillar a Franceschi como un “cura nacionalista”⁵² al estilo de Meinvielle y Castellani. Su misma formación cultural de ascendencia francesa, su aprecio por algunos autores bien alejados de esa sensibilidad y su talante personal lo impedirían. Parece más correcto conceptualizarlo e como un dignatario católico que en todo caso no rehuía a nadie y por lo tanto fiel a su mandato pastoral de carácter universal también frecuentaba el trato con los nacionalistas, lo cual no autoriza a considerarlo desde luego uno de ellos⁵³.

⁴⁹ Sobre la postura de Franceschi ante el fantasma comunista, cfr. Juan ROSALES, *Los cristianos, los marxistas y la revolución*, Sílabo, Bs.As., 1970, 284-285. El mismo autor, desde una perspectiva ortodoxa marxista, reconoce a continuación que el corporativismo que predicaba Franceschi mantenía notorias diferencias con el modelo fascista puro y duro. “Nunca he ocultado mis simpatías por un corporativismo -confiesa Franceschi deslindando conceptos- pero no lo tengo por cualquier corporativismo, ni me basta que un régimen lleve la etiqueta de corporativo para tributarle mis aplausos”. Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *La obra constructiva de Mussolini*, cit.,452.

⁵⁰ Cuando el crítico de cine y dirigente democristiano Jaime Potenze le conoció en plena adolescencia, entre las primeras palabras que escuchó de boca de Franceschi registra esta enfática definición: “¡No podemos ser fascistas!”. Cfr. Jaime POTENZE, *El hombre que supo orientar*, en “Criterio”, 1288, 25-VII-57, 501.

⁵¹ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *El sentido de la encíclica Summi Pontificatus*, que constituye la citada conferencia en los propios Cursos de Cultura Católica.

⁵² Expresado en lunfardo porteño de época: “cura facho”.

⁵³ Cfr. David ROCK, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Ariel, Bs.As., 1993, 16 y 31.

“Ni liberalismo ni totalitarismo’ es la fórmula que viene a sustentar el cardenal Pacelli”, afirmaría Franceschi, destacando que los errores actuales (de su tiempo, como el autoritarismo y el totalitarismo) que suelen atribuirse a un movimiento reactivo contra otros que los precedieron, no son sin embargo sino una consecuencia de los mismos. Por lo tanto no se los ha de interpretar como una primera etapa de restauración cristiana, como algunos creyeron vislumbrar, sino por el contrario como una deriva necesaria del agnosticismo moral y religioso.

Se trata de un concepto fundamental que debe ser tenido en cuenta a la hora de intentar comprender el pensamiento del papado y del clérigo⁵⁴. De este modo, la preferencia por los autoritarismos católicos que fueron relativamente populares en los ambientes eclesiásticos de las primeras décadas del siglo pasado no deben asimilarse a los totalitarismos sino mas bien a las dictaduras salvacionistas que las antiguas instituciones romanas habían previsto como un remedio contra los periodos de crisis social⁵⁵.

Definitivamente, Franceschi no era reconocido por los miembros del nacionalismo como uno de los suyos e incluso nunca integró el colectivo de figuras intelectuales como Meinvielle, Castellani y otros laicos católicos que conformaban el parnaso nacionalista, sino que era considerado por ellos mas bien como un “cura oficialista” o un representante del episcopado. Los nacionalistas argentinos han tenido en general una opinión muy despectiva sobre sus obispos, a los que reprochan mas o menos secretamente una actitud claudicante, componedora o acomodaticia ante el régimen. Franceschi representaba para ellos el mascarón de proa de esa sensibilidad.

Es verdad que se han señalado algunos giros aparentemente positivos de su pensamiento hacia los autoritarismos europeos, pero ello no debe llamar a engaño. En uno de sus editoriales, el mismo Franceschi puntualiza que en los años de surgimiento del fascismo y del nacionalsocialismo no era fácil distinguir el trigo de la paja. Esto puede parecer muy simple cuando ya se ha visto toda la película, pero entonces no lo era. El tiempo fue esclareciendo los datos, permitiendo un juicio más ponderado de las

⁵⁴ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *El sentido de la encíclica...* 181 y 185.

⁵⁵ Franceschi trata sobre la relación entre el nacionalismo (en el cual distingue varias vertientes) y la actitud de la Iglesia, y en especial de la Iglesia en la Argentina, hacia él, en un interesante análisis que esclarece suficientemente el punto. Aunque se ha señalado como ambiguo el concepto de “nacionalismo exagerado”, sin embargo la doctrina es clara al respecto, aunque la praxis de los fieles cristianos, incluyendo los obispos, no lo ha sido tanto en la historia patria. Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *La posición católica en la Argentina*, en “Criterio”, 884, 8-II-45, 140. Cfr. también, entre muchos otros escritos similares, *Los católicos y la dictadura*, en “El Pueblo”, 7-VII-31, donde distingue entre las dictaduras salvacionistas y las ideológicas, republicados en sus obras completas.

estructuras ideológicas que se presentarían como verdaderas religiones seculares.

La ambigüedad de estos regímenes respecto de los valores religiosos, en efecto, inclinó a no pocos católicos a confiar en ellos como una garantía de orden ante lo que se preveía como el imparable avance del comunismo⁵⁶. Esta creencia afectó incluso a muchos judíos y no sólo a los fieles cristianos, incluidos obispos.

En el pensamiento de Franceschi, por el contrario, hay que señalar el influjo más que de las ideas nacionalistas de corte conservador entonces tan prestigiosas tanto en ambientes confesionales como seculares, de los planteos de aire modernista que sostenía el filósofo tomista Jacques Maritain sobre una nueva cristiandad superadora del esquema medieval que hasta entonces era considerado la ortodoxia católica⁵⁷.

Su admiración personal por él se percibe en algún pequeño pero significativo dato, por ejemplo cuando con ocasión de la designación de Maritain como embajador de Francia ante la Santa Sede, Franceschi le dedica no uno sino tres frondosos editoriales de la revista, que abarcan la friolera de más de veinticinco páginas⁵⁸. Salvo en sus primeros años, Maritain fue considerado la *bete noire* por los nacionalistas católicos, que lo entronizaron como un ícono del progresismo en la Iglesia.

Un cambio significativo

Sin embargo, el progresivo enfoque valorativo de la democracia operado en el magisterio sobre todo a partir del célebre radiomensaje de navidad de 1944 por parte de Pío XII⁵⁹, llevaría a Franceschi a replantearse ciertas condescendencias y a constituirse en uno de sus más firmes partidarios, aun en una sociedad como la argentina que seguiría todavía por mucho tiempo anclada en una matriz autoritaria⁶⁰.

El pensamiento de Franceschi se alejaría así de las antiguas invectivas contra una supuestamente impía democracia

⁵⁶ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Miradas sobre Europa*, en "Criterio", 1054, 10-VI-48.

⁵⁷ Las citas de Franceschi sobre Maritain son ostensibles y permanentes a lo largo de toda su obra.

⁵⁸ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Jacques Maritain, embajador ante la Santa Sede* (I),(II) y (III), en "Criterio", 885, 1-III-45,161-168, 886, 8-III-45, 185-192 y 887, 15-III-45, 209-218. Estos artículos constituyen una completa exposición del pensamiento mariteniano, especialmente en *Humanismo Integral*. Maritain aprobó lo dicho. Hay una identidad entre Maritain y Franceschi, fundamentalmente a través de *Humanismo Integral*. Cfr. Ricardo PARERA, op. cit., 57.

⁵⁹ Cfr. Roberto BOSCA, *Pío XII, hoy*, en "Archivum", XXVIII, 2010, 20 y ss.

⁶⁰ Una interpretación del texto piano en el escenario local puede consultarse en Antonio CAGGIANO, *La democracia en el pensamiento de Pío XII*, en "Universitas", abril 1971, 5-10. Una recopilación local del magisterio de Pío XII acerca de la materia se encuentra en César BELAUNDE (Comp), *La política en el pensamiento de Pío XII*, Fides, Bs.As., 1955.

propia de los pontificados decimonónicos, para mirarla de un modo nuevo y positivo en el sentido de considerarla como un valor social al que había que bautizar o brindar un contenido axiológico propio del patrimonio moral del cristianismo, y en tal sentido el clérigo es muy claro al respecto: “Hemos, en síntesis, de cristianizar la democracia, en otras palabras no debemos ser demócratas ateos, ni demócratas indiferentes, sino demócratas cristianos”⁶¹. En conclusión: una democracia, sí, pero cristiana.

“La democracia cristiana es la forma realística y viviente de la conciencia social católica en nuestros días”⁶² afirmaría redondamente Franceschi en una clara definición de su cambio de actitud, abandonando sus antiguos arrestos juveniles. Según Franceschi, el tono de los documentos pontificios, a cuyo magisterio él siempre había estado tan atento, en una muestra de su fidelidad romana, evidenciaba ahora en el nuevo escenario de la posguerra un notorio aprecio y una clara valoración de una “democracia sana y verdadera”. No se trataba ciertamente de un cambio doctrinal sino de perspectiva. Estaba claro pues que ése sería su camino.

Según leía el magisterio Franceschi, “no puede ocultarse a persona alguna que al hablar sobre la democracia, se transparenta en las frases del Papa una cierta simpatía hacia ella”. El mismo Franceschi se adjudica una actitud análoga: “Por mi parte nunca he ocultado las simpatías que profeso hacia una verdadera democracia”⁶³. No se trataba entonces de una conversión abrupta sino de la culminación de un largo camino de convivencia recíproca, en el cual ambas partes habían aprendido una de otra: la fe purifica la razón y la razón purifica la fe⁶⁴.

En efecto, en el concierto internacional de la posguerra asomaba una generación de hombres libres, entre ellos algunos preclaros cristianos como Konrad Adenauer y Alcides de Gasperi, que se proponía restaurar y construir un mundo más humano sobre los despojos de un continente devastado. Franceschi prestaría su concurso más entusiasta a este nuevo espíritu humanista, en el que él, como los antiguos católicos liberales, aunque sin serlo, vería palpitar como un corazón vivificante la propia entraña evangélica.

Si bien Franceschi tenía en cuenta, conforme a la teoría de la indiferencia de las formas de gobierno y al fin sobrenatural de la Iglesia, que el magisterio nunca había admitido que se vinculara la vida social informada por el cristianismo a una determinada estructura política⁶⁵, no puede dejar de reconocer que la democracia

⁶¹ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Conciencia social y democracia cristiana*, en “Criterio”, 933, 31-I-46, 96.

⁶² Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Ibidem*.

⁶³ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *La democracia cristiana*, Criterio, Bs.As., 1955, 60-61.

⁶⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, cap. IV y numerosas referencias del magisterio de Benedicto XVI.

⁶⁵ Esta actitud fue puesta de relieve por el episcopado local inmediatamente de la caída de Perón, cuando la sociedad argentina se dividió en dos mitades

está al menos en pie de igualdad con otros sistemas políticos respecto de la conciencia cristiana.

La nueva sensibilidad de Franceschi se advierte en un texto enormemente esclarecedor sobre su pensamiento respecto de la ideología liberal. Si bien ésta, en su núcleo naturalista, racionalista e individualista se muestra inconciliable con la doctrina católica, no pueden dejar de hacerse respecto de ella oportunas distinciones, que años después serían formuladas en documentos magisteriales⁶⁶.

Según Franceschi “Liberalismo es un término equívoco que fue considerado durante el siglo pasado como el mayor enemigo de dogmas y jerarquías, y raíz de todos los males modernos. Apaciguadas hoy las disputas en torno a la palabra, debemos estudiar el exacto sentido del término y su aplicación a las obras sociales. Hay que reconocer ahora que el liberalismo humanista implica la corresponsabilidad moral y la libertad de pensamiento y de conciencia que son atributos esenciales de la persona humana, y que también implica la realización de obras sociales-cristianas”⁶⁷. Este párrafo muestra un enfoque de un punto muy controversial en el pensamiento católico del siglo veinte que lo presenta como un adelantado de su tiempo a formas y enfoques que recién encontrarían su punto de madurez en la Iglesia después del Concilio Vaticano II.

Algunos fieles cristianos se esforzaron en los años treinta y cuarenta por cristianizar el fascismo en el sentido de insuflarle un espíritu evangélico que le alejara de sus raíces paganas. Esta pretensión que se ha denominado clerofascismo o fascismo clerical⁶⁸, cuajó en algunos católicos nacionalistas y en algunos nacionalistas católicos, pero nunca fue avalada por la jerarquía y de hecho no prosperó en absoluto y por varias razones, la primera de las cuales es la caída del fascismo y la segunda las actitudes críticas del magisterio romano, que mostraban su inconciliable no sólo en los hechos sino en sus fundamentos antropológicos. En este sentido, Franceschi cumplió un rol de primera importancia, en atención a sus profundos conocimientos del mundo magisterial.

irreconciliables, al vincularse a la Iglesia con una impronta partidista. Cfr. *Declaraciones y orientaciones del episcopado argentino sobre las actividades autónomas de los católicos en el campo de la política*, en “Criterio”, 1248, 24-IX-55. En este documento, los obispos buscan desvincularse de un “partido católico”, y la verdad es que tampoco quería presentarse como tal la democracia cristiana, cuya matriz ideológica era el humanismo mariteniano y como tal de inspiración cristiana, aunque sin llegar a asumir un carácter oficial o propiamente católico. Sin embargo el propio nombre sería inevitablemente equívoco a tales efectos, y el partido fue considerado de todos modos una suerte de *longa manus* de los obispos.

⁶⁶ Cfr. la distinción entre ideologías y movimientos históricos que puede verse en la carta de Pablo VI al cardenal Maurice Roy y que lleva por título *Octogesima Adveniens*.

⁶⁷ Cfr. Carlos CUCCHETTI, *Vida e ideas paralelas de dos grandes sacerdotes argentinos*, en “Rumbo Social”, 23, marzo-abril, 1982, 20 y ss.

⁶⁸ Cfr. Federico FINCHELSTEIN, *Fascismo trasatlántico...cit.*, 218 y ss.

Aunque unos cuantos nacionalistas argentinos veían una conjunción e incluso una identidad entre los principios católicos y los fascistas, la verdad es que se trataría de una pretensión bastante complicada de concretar, mucho más todavía si se refería al nacionalsocialismo. Ciertamente resulta incorrecto asimilar la pretensión de unir el nacionalismo y el catolicismo con el fascismo clerical.

No se trata de algo complicado de entender. Simplemente no son identificables nacionalismo y fascismo, como no lo son catolicismo y fascismo ni nacionalismo y catolicismo. No es admisible tomar la parte por el todo. No es posible extender a un cuerpo social lo que vale para personas o grupos determinados, aunque su influencia pudiera ser importante. La existencia de ellos en la escena, aunque sustentaran estos esquemas binarios en una unidad no autoriza a generalizar el concepto como abarcativo de una entera realidad social, se trate de un escenario religioso o secular.

El primer motivo consiste en que los nacionalistas argentinos, si bien bastantes de ellos admiraron los innegables logros políticos y sociales del régimen mussoliniano y se sintieron atraídos por su mística ordenadora de la sociedad, no por ello asimilaron siempre sus principios políticos y prefirieron identificarse más bien con planteos más afines a sus creencias como el falangismo y por extensión el franquismo español.

En cuanto a Franceschi, su pensamiento no deja lugar a duda alguna acerca de su estricto y explícito rechazo de las tesis fascistas que tanto fascinaron a la juventud de su tiempo. “Los católicos en general mostraron una profunda desconfianza frente al movimiento fascista. Mussolini era ateo y no se ignoraba que en Lauzana, el 26 de marzo de 1904, había públicamente combatido la existencia de Dios. Su actitud quince años después no era muy distinta”, anota con motivo de trazar un certero perfil del dictador. Diversamente a Hitler⁶⁹, que procuró destruir la religión cristiana, Mussolini mostraría un talante aparentemente más amigable al admitir al catolicismo, como Maurras, por su funcionalidad social como un cemento de la sociedad⁷⁰.

Inmediatamente después de *Benignitas et Humanitas*, el célebre radiomensaje de navidad de 1944 con el que Pío XII imprime

⁶⁹ Sobre Hitler y el nacionalsocialismo, Franceschi tuvo siempre y desde el principio un juicio lapidario. Cfr. *Catolicismo y nazismo* en “Criterio”, 313, 1-III-34, 149-156 y *Catolicismo y nazismo* (II), en la misma revista, 314, 8-III-34, 221-223. Ver también el final: *Hitler* (I) y (II), en “Criterio”, 909, 16-VIII-45, 149-156 y 910, 23-VIII-45, 175-180.

⁷⁰ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *Benito Mussolini*, en “Criterio”, 895, 10-V-45, 401-408 y *La obra constructiva de Benito Mussolini*, citada, en “Criterio”, 897, 24-V-45, 449-454, ambos republicados en las obras completas ya mencionadas. En estos dos artículos y en muchísimos otros, Franceschi expone, en una muestra de libertad de espíritu y sin perjuicio de reconocer objetivamente ciertos logros materiales del régimen, la incompatibilidad teórica y práctica entre fascismo y cristianismo.

un acento en cierto modo inédito a la visión de la Iglesia católica sobre la democracia, inaugurando una nueva sensibilidad del pontificado que sería profundizada por sus sucesores, Franceschi escribió una serie de comentarios editoriales en la revista que dirigía, donde glosa el texto del radiomensaje⁷¹. En ellos se trazan los puntos fundamentales que definen el cambio en el enfoque magisterial, como las condiciones que debe reunir un régimen democrático para estar al servicio de la dignidad de la persona y de sus derechos.

Este documento no impide a Franceschi formular críticas que eran y son tradicionales en el pensamiento cristiano respecto de las formas democráticas inspiradas en corrientes individualistas o agnósticas entre las que sobresale la concepción ruousseauiana, entre otras. Pero debe advertirse, porque es frecuente el equívoco de raíz jacobina al respecto, que señalar los errores y los fallos de las democracias liberales no convierte a quien los formula en un energúmeno nacionalista y en un autoritario enemigo de la democracia. El mismo Franceschi así lo señala, con ocasión de refutar dos artículos de un autor norteamericano, citando el ejemplo de Maritain, fuertemente crítico del pensamiento del ideólogo francés⁷²: “En síntesis, una cosa es condenar *una determinada forma de democracia*, y otra es considerarlas *todas, sin excepción, como inaceptables* en virtud de la doctrina católica”⁷³.

“La figura de Franceschi -ha dicho una autorizada opinión en la Iglesia- la esculpiría como la de un corsario espiritual cuya ambición consistía en captar con su inteligencia todos los valores del humanismo cristiano, botín precioso de su espíritu audaz y temerario”⁷⁴. “La fe estaba en su alma. La cultura en su inteligencia. La Iglesia Católica en su conciencia. La libertad en sus convicciones. El coraje en su carácter y la hidalguía en su origen”⁷⁵.

⁷¹ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *La alocución de navidad y la doctrina democrática* (I), (II), (III) y (IV), en “Criterio”, 879, 880, 881 y 882 del 28-X-44, 4-I-45, 11-I-45 y 18-V-1945. En la misma dirección: cfr. Lamberto LATTANZI, *Democracia*, en “Criterio”, 896, 17-V-45, 429-431 y 897, 24-V-45, 56-57.

⁷² Un ejemplo, entre muchos otros: Jacques MARITAIN, *Tres reformadores. Lutero-Descartes-Rousseau*, Difusión, Bs.As., 1968, 109-158.

⁷³ Cfr. Gustavo FRANCESCHI, *La posición católica...*cit, 139-140. Sobre el mismo tema, vuelve la revista en la sección “Comentarios” de una edición posterior: Cfr. *Catolicismo y nacionalismo*, en “Criterio”, 891, 12-IV-45, 309. En este artículo se identifica al “nacionalismo extremo” como muy semejante al totalitarismo, repugnante a la doctrina católica y como tal condenado por el pontificado romano.

⁷⁴ Cfr. Carlos CUCCHETTI, *Vidas e ideas...*cit., 21,

⁷⁵ Cfr. Carlos CUCCHETTI, *Monseñor Gustavo J. Franceschi, en el centenario de su nacimiento*, en Academia nacional de Ciencias Morales y Políticas, Anticipo Anales, Tomo XIII, 1984, 4.